

COLECCIÓN

LOS CAUDILLOS

Dirigida por HERNÁN BRIENZA

*El caudillo supone la democracia,
es decir que no hay caudillo popular
sino donde el pueblo es soberano.*

—JUAN BAUTISTA ALBERDI

Esta colección intenta poner en valor la historia del pueblo americano y de los líderes que lo representaron. Son narraciones individuales, pero también colectivas. En estas páginas hablan las provincias federales. Es la historia del país que no pudo ser. Los autores escuchan y transcriben las voces de los derrotados, de los olvidados, de los silenciados. De los pobres. Cuentan la vida de los caudillos. Y, por lo tanto, narran el suceder de la malherida democracia argentina.

Alejandro C. Tarruella

GÜEMES

El héroe
postergado

Prólogos de Hernán Brienza
y Martín Miguel Güemes Arruabarrena

PRIMER PRÓLOGO

Güemes, un caudillo americano

LA CULTURA PORTEÑO-CÉNTRICA LOGRÓ CONVENCER A LA MAYORÍA de los argentinos que la libertad y la independencia en nuestro territorio nacieron en Buenos Aires y en Mayo de 1810. No deja de tener validez el reclamo de autoría, pero también es cierto que los sueños de república, de libertad, de independencia, la Primera Junta criolla, incluso, en estas tierras no fueron solo potestad de esa ciudad-aldea portuaria, atestada de sacerdotes ocultadores, comerciantes rapaces, contrabandistas nocturnos y pensadores liberales. No. La Patria fue parida otro día: curiosamente, otro 25 de mayo, pero de 1809. Exactamente un año antes. Y en el otro rincón del territorio. Allí en Chuquisaca, en el Alto Perú, en el corazón de la América andina, entre esa gente de rostros cobrizos, de caminar cansino y tonada cadenciosa.

Chuquisaca pertenecía, entonces, al Virreinato del Río de La Plata, pero tenía una serie de beneficios propios: autonomía administrativa y poder de policía propio. Su gran tesoro no era la plata potosina ni las regalías de la aduana. Su riqueza era la Universidad Mayor Real y Pontificia San Francisco Xavier, reconocida como uno de los centros de estudios más importantes del mundo. Era tan prestigiosa

esa casa de altos estudios que la llamaban “la Atenas de América”. En sus aulas estudiaron Mariano Moreno, Juan José Castelli y Bernardo de Monteagudo, entre otros revolucionarios jacobinos que se pasean por estas páginas. La Universidad de Chuquisaca fue el verdadero centro de las luces de principios del siglo XIX.

Pero hay algo más, también el Alto Perú fue el teatro de operaciones más importante de la guerra de emancipación en nuestro territorio. Digamos que no fue en el Plata donde se produjeron los sacrificios necesarios, sino en esa vasta región que va del Tucumán a Desaguadero. Porque fue allí donde hombres y mujeres entregaron sus vidas, su sangre, sus familias, sus propiedades por la Revolución, y no en la lejana Buenos Aires. Fue allí donde, durante quince años, se combatió en una guerra de guerrillas incesante que dejó miles de muertos, de mutilados, de mujeres violadas y asesinadas. Pero se trata de una misma Patria. Porque durante casi dos siglos los escritores de las patrias chicas —Argentina y Bolivia— intentaron inventar una frontera ficticia en Salta y Jujuy y ubicaron allí la Guerra Gaucha. Sin embargo, esa es una falsedad histórica, ya que las actuales provincias de Salta y Jujuy pertenecían a la zona de influencia del Alto Perú, por ello, no fue la vanguardia guerrillera que debía evitar que los realistas invadieran un supuesto y ficticio “territorio patrio”. Salta y Jujuy eran, en realidad, la retaguardia de una guerra de guerrillas que en verdadero y completo “territorio patrio” se extendía hasta el Desaguadero y que dejó miles de muertos y más de cincuenta caudillos asesinados o ejecutados por las armas del Rey.

Antezana, Ávila, Camargo, Hidalgo, Hinojosa, Indaburu, Muñecas, Murillo, Warnes, Padilla son algunos de los apellidos

de los patriotas que dieron la vida por la independencia de las Provincias Unidas en una guerra de guerrillas, rescatada incluso por el propio Bartolomé Mitre, pero olvidada con posterioridad por los relatos porteño-céntricos. Y entre los nombres de esos mártires se encuentra el de un gaucho salteño, líder entre los suyos, olvidado y traicionado por los poderosos de esa provincia durante un siglo, pero siempre recordado por los hijos del pueblo. Su nombre es Martín Miguel de Güemes. Y este libro de Alejandro Tarruella cuenta su historia a 200 años de su asesinato.

Nacido en una familia acomodada de Salta, esa ciudad antigua y bonita que crecía gracias al comercio con el Alto Perú. Con sus casas señoriales, de balcones sevillanos y tejados colorados, con sus paredes de piedra, sus ventanas de madera y el barroquismo engalanado, con su aristocracia de barrio, de callejas de barro y piedra. Con su sociedad fuertemente estamental, dominada por españoles con esclavos negros e indios y con los criollos que soportaban el peso de no pertenecer y de recoger lo que el círculo dominante español le dejaba. Y allí, en esos patios rodeados de gruesas paredes, detrás de esos frentes enrejados, de esas puertas que a veces permitían espiar los frutales, transcurría la vida de una ciudad conservadora, religiosa, sincrética, que se enriquecía con la plata que bajaba de Potosí hasta el puerto de Buenos Aires, primero, y luego con el comercio de ganado y ropa.

Las provincias de Salta, de Jujuy o de Tucumán, junto a las ahora bolivianas de Potosí, Charcas o Chiquitos estaban integradas en un mismo espacio político, cultural y sobre todo económico: dependían en los tiempos de la colonia de la plata extraída del Cerro Rico del Potosí. Y la creación del Virreinato del Río de la Plata por la nueva administración

de los Borbones de la Corona española había cambiado el sentido de la circulación extractiva, quitándole peso al puerto de Lima y otorgándole más importancia a las bocas de salida de Buenos Aires y de Montevideo. De esa manera, las provincias de Salta y de Jujuy centraban sus economías en las famosas “aduanas secas” que retenían un porcentaje de las mercaderías que finalmente abandonaban América en los puertos de mar abierto.

La Revolución de Mayo no significó ningún cambio en la relación entre Buenos Aires y el Alto Perú, entre “arribeños” y “abajeros”, de hecho los levantamientos fueron sincrónicos y sincronizados entre los revolucionarios de las distintas regiones. Si en algunas oportunidades el ejército auxiliar enviado por Buenos Aires al Alto Perú se convirtió en una tropa de ocupación, tuvo más que ver con las actitudes soberbias de la porteñada que con realidades culturales entre las provincias norteañas. Pero más allá de esos breves desencuentros, hay algo que es indiscutible: altoperuanos, jujeños, salteños, tucumanos, cuyanos y porteños pelearon codo a codo y sin fronteras —fueron inventadas muchos años después— contra los realistas.

Arenales, Azurduy, Belgrano, Dorrego, Güemes, San Martín fueron protagonistas de la lucha de un mismo territorio y de una misma causa. Separarlos es hacerles el juego a los cronistas de los Estados nación de fines del siglo XIX, a los narradores de los países chicos, que surgieron después del desmembramiento de la Patria Grande. Incluso la declaración de la Independencia argentina en julio de 1816 confirma la verdad histórica de que nunca hubo frontera y que Argentina y Bolivia estaban convocadas a ser una misma nación. Ese 9 de Julio, en Tucumán, entre las provincias firmantes del pacto aparecen los nombres de

las regiones altoperuanas de Charcas, Mizque, Chichas (Tarija) y Cochabamba.

En ese marco, la figura de Güemes, lejos de opacarse, alcanza su verdadera dimensión política. Porque no se trata solo de una figura elegida por José de San Martín —tras las derrotas del ejército comandado por Manuel Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma— para ser usada de retén contra la avanzada realista en Salta. La acción de Güemes está en función de una lucha mucho más abarcadora, que incluye la Guerra Gaucha, pero también lo que Mitre denominó la “guerra de republiquetas”, que no fue otra cosa que la “guerra de guerrillas” o de “montoneras”. Las regiones de Ayopaya, con José Miguel Lanza a la cabeza; La Laguna, donde acaudillaban Manuel Padilla y Juana Azurduy; Larecaja, con el sacerdote Ildefonso Muñecas; Santa Cruz, con el porteño Ignacio Warnes; Vallegrande, con el español republicano Juan Antonio Álvarez de Arenales; Tarija, con Eustaquio Méndez; Cinti, con José Camargo; y Güemes en Salta. Todos ellos intentaban frenar a los realistas que recibían el apoyo logístico por el norte del Virreinato del Perú.

La misión que San Martín encomendó a Güemes, entonces, fue la de no darle tregua al Perú en el sur, porque el Gran Capitán ya estaba ideando la campaña americana de liberación de Chile, vía el cruce de los Andes, y finalmente la liberación de Perú a través de una invasión por el mar. De esa manera, el Virreinato del Perú sería atenuado por los caudillos montoneros del teatro del Alto Perú y por las tropas del propio San Martín desembarcando en las playas de Paracas, cerca de Pisco.

Y Güemes cumplió con dignidad la tarea encomendada por San Martín. Líder popular, caudillo legítimo de la gauchada, como bien cuenta Tarruella en estas páginas,

se enfrentó a la oligarquía salteña que se mostraba siempre más reacia a los grandes sacrificios en nombre de la independencia que a los acuerdos con las tropas realistas. Víctima de constantes traiciones de las clases dominantes de esa ciudad, Güemes murió en el último avance realista en tierras de los que unas décadas después será la Argentina como hoy la conocemos. Era hijo de su pueblo y no por casualidad fue el único general que cayó en combate durante la Guerra de la Independencia.

Pero una última felonía lo estaba esperando al gran caudillo montonero: el olvido. Durante prácticamente un siglo, su nombre fue palabra maldita para los dueños de la provincia norteña. Recién en las primeras décadas del siglo xx, su principal biógrafo Bernardo Frías y el poeta nacional Leopoldo Lugones con su libro *La guerra gaucha* lo rescatarán del ostracismo al que lo habían condenado sus enemigos políticos.

Guerrillero maldito para los poderosos de Salta. Defensor de la frontera norte argentina para los historiadores del país chico. Líder popular para los revisionistas del siglo xx. Hoy es tiempo de reivindicar a Martín Miguel de Güemes como lo que nunca debió dejar de ser: un caudillo americano, un hacedor de la Patria Grande.

HERNÁN BRIENZA

SEGUNDO PRÓLOGO

Güemes, general de la unidad nacional

NO NOS CONOCEMOS PERSONALMENTE CON ALEJANDRO C. Tarruella, escritor, periodista e historiador, pero sí, gracias a la magia de la tecnología, nos hemos comunicado a raíz de este libro. Observo en su escritura agilidad temática y un sentimiento puesto en cada palabra. Además, veo amor a la Patria Grande por la que luchó Güemes, porque en el libro está suficientemente bien enmarcado que la leyenda de este patriota esconde a la realidad. Me refiero a que Güemes no fue un “defensor de fronteras”, no fue un guerrillero genial ni tampoco un caudillo regional o localista. Fue, eso sí, un caudillo militar de la Patria Grande, un militar de carrera que en guerra de milicias gauchas y de guerrilla derrotó cinco invasiones realistas de ejércitos poderosos que habían combatido a Napoleón en Europa y a Simón Bolívar en América. Es más, en el año 1817 logró derrotar a la invasión del general español De la Serna que llegaba con ejércitos probados integrados por seis mil hombres. Este acontecimiento demuestra además que ese triunfo permitió el cruce de los Andes de San Martín, la libertad de Chile y el camino a Lima.

En 1820, en otra de sus glorias, derrotó a la invasión poderosa de Canterac y Ramírez que pretendían cortar

el paso de San Martín hacia Lima. Y cuando el país se quedó en ese año sin gobierno nacional, el general salteño fue nombrado por San Martín, como Jefe del Ejército de Observación del Alto Perú, última misión que se le asignó para avanzar sobre la actual Bolivia. Ese cometido no se cumplió porque el general salteño fue traicionado por aquellos que querían Patria sin gastar, y si se trataba de gastar, renunciaban a ella. Además, el autor relata muy bien la lucha de Güemes en las Invasiones Inglesas y en Suipacha, como principal protagonista, y en Puesto Grande del Marqués cuando se cortaron de un tajo las negociaciones espurias que se venían realizando en el puerto, motorizadas por los británicos.

Esta es la verdadera historia, la que recordamos con coraje y cordialidad en conocimiento de que la polémica histórica es base fundamental para su recuperación en el país de los argentinos. Y esa polémica histórica dice que en 1821, lo que ocurrió con la muerte de Güemes fue, en realidad, la derrota de San Martín en Guayaquil. Allí no hubo ningún secreto, lo que le faltaba al general correntino fueron las fuerzas que iba a aportar a través del Alto Perú cuando el general Arenales mandaba en la sierra y así alcanzar a realizar las Provincias Unidas de Suramérica. Este fue el hecho clave: Güemes fue un soldado de Mayo y lo demostró en Suipacha. Fue también un soldado de la Independencia y lo demostró en 1817 al derrotar a De la Serna. También fue un hombre de la Patria Grande porque fue el oficial que más hizo para que San Martín lograra uno de sus objetivos. El exilio del Libertador sería la derrota de su plan histórico. Y esa derrota es la que tenemos que revertir en el tiempo de hoy para la reconstrucción de la Patria Grande suramericana.

Este derrotero del Bicentenario nos permite revivir en cuadros de pasión histórica y de conciencia nacional la lucha del general Martín Miguel de Güemes en los años duros de su galope heroico de 36 años en su entrega por la Patria de todos los suramericanos. No tengo dudas de que fue el más argentino de los salteños de su tiempo y también fue el más americano de todos los norteros. Digo norteros porque me refiero al eje geopolítico que abarcaba hasta el Pacífico, lo que actualmente es el puerto de Cobijas en la zona de Antofagasta, dependiente del Potosí, y que pidió la protección de Güemes, hecho que poco se recuerda en la historia. Por eso, fue un defensor del Atlántico en las Invasiones Inglesas y un defensor del Pacífico al apoyar y ser parte fundamental del plan sanmartiniano.

El Güemes político es un capítulo aparte. El que asumió la gobernación autónoma de Salta en 1815, la Salta que abarcaba Jujuy, Tarija, Tupiza, en la actual Bolivia, y Santa María, en la actual Catamarca. El que estableció el Estatuto de Milicias Gauchas para que todos los paisanos y los gauchos, que llevaban el paisaje adentro, tuvieran la dignidad de vivir con sus familias sin tener que pagar arriendos a quienes no combatían en la lucha por la Independencia. Güemes no pensó en localías o provincianismos sino en aquel norte históricamente unido, como lo expresó Bernardo Canal Feijóo y reafirmó ese gran historiador del norte, Armando Raúl Bazán. Por eso, en todo fogón criollo debemos recordar que Güemes fue un hombre de la unidad nacional, cosa que demostró en el Pacto de los Cerrillos el 22 de marzo de 1816. Allí, luego de los agravios de Rondeau, que temía en Güemes el surgimiento de un nuevo Artigas y luego de declararlo traidor a la patria, el general salteño olvidó los insultos y firmó el acuerdo que dio lugar a la apertura del Congreso

ALEJANDRO C. TARRUELLA

de Tucumán. Ese es pacto preexistente de la Independencia nacional. Fue recordado por San Martín como gobernador de Cuyo reconociéndolo como un hito, porque así se evitó una guerra civil. Por eso digo que también fue un hombre de la unidad nacional. En este Bicentenario de la muerte del general Güemes, este libro, no tengo dudas, permitirá profundizar esta línea de pensamiento y, por eso, celebro su lanzamiento.

MARTÍN MIGUEL GÜEMES ARRUABARRENA*

* Martín Miguel Güemes Arruabarrena, escritor salteño, chozno del general Martín Miguel de Güemes, es académico de número, sitial N° 7 Ricardo Rojas del Instituto Güemesiano de Salta, Jefe del Programa “Güemes recorre la Patria” de la Comisión Provincial del Bicentenario del gobierno de la provincia de Salta. Además, es periodista en medios gráficos, radiales y televisivos, gestor, difusor cultural y ensayista histórico. Estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires y cursó el posgrado en Gestión Cultural en la Fundación Ortega y Gasset. En 1999 se le otorgó el premio Persona al mejor programa radial de Salta, por *Salta, Presente, Pasado y Futuro* que emite hace más de diez años. Es autor de los libros *Belgrano y San Martín en el Norte (1812-1814)* y *General Martín Miguel de Güemes: la soledad de la misión y la fuerza de la gloria*.

1

Un baqueano de cuna noble

MARTÍN MIGUEL DE GÜEMES JAMÁS IMAGINÓ EL MODO EN QUE su nombre pasaría a la posteridad. Era una persona de cuidada formación, sencilla y despojada, capaz de actos temerarios y puesto a medir la adversidad, prefería desafiarla. Pertenecía a una familia de la alta sociedad salteña y se sintió uno más, un hombre del pueblo. Así, en la pura especulación de quien dispone a escribir acerca de su vida, es posible establecer que se trató de un personaje singular, aguerrido y perspicaz, con mirada amplia y objetivos precisos. Como protagonista de hechos notables, era indiferente al lugar que había ocupado y, al referirse a esos momentos, solía olvidar que había sido su actor central. Por eso, jamás se detuvo a mensurar sus pasos sino a actuar en circunstancias sumamente difíciles, desde las Invasiones Inglesas, cuando tuvo un papel descollante, hasta las luchas por la Independencia, cuando se produjo su traumática muerte en 1821.

Martín Miguel fue hijo de una familia de inmigrantes propia de la etapa virreinal en la sociedad salteña de su época. La ascendencia española lo encumbró en su perspectiva social, aunque eso no incidió directamente sobre su personalidad o sus objetivos de existencia. Ese lugar garantizaba

al niño una formación sólida y un futuro venturoso, aunque nada fácil, en cuanto al rol que iba a ocupar en la sociedad. Lo que nadie podría avizorar en tiempos de formación es que ese joven iba a alentar la construcción de un país independiente.

Martín Miguel nació en la Ciudad de Salta el 7 de febrero de 1785. Dos días después fue bautizado por el presbítero Gabriel Gómez Recio en la Iglesia Matriz bajo el nombre de Martín Miguel Juan de Mata. El acta de bautismo rezaba que “En esta Iglesia Matriz de Salta, en 9 de febrero de 1785, yo, el Cura Rector más antiguo, exorcicé, bauticé y puse óleo y crisma a Martín Miguel Juan de Mata, criatura nacida de dos días e hijo legítimo de don Gabriel de Güemes Montero y de doña María Magdalena de Goyechea y la Corte”.

El historiador salteño Atilio Cornejo¹ estableció que el apellido Güemes o Güemez es de origen vasco y significa “linderos”, lo cual simbólicamente traza el destino del héroe que luchó para trazar el límite norte de la Argentina. El apellido tiene su origen en antiguos escuderos de la población de Güemes, Ayuntamiento de Bareyo, provincia de Santander. El lema del escudo de armas de la familia Güemes rezaba: “Una buena muerte honra toda una vida”.

Martín Miguel fue el segundo de los hijos del matrimonio y su hermano mayor, nacido en 1783, fue Juan Manuel. Luego iban a nacer Magdalena “Macacha”, en 1787; Francisca, Gabriel y Benjamín, en 1802; José, en 1803, e Isaac y Napoleón, en 1805, según lo recogió Cornejo. Ricardo Rojas interpretó, tomando un censo de 1779, que el hogar de Güemes era de “señores” de la época y contaba con servidumbre de indígenas y esclavos. Recordaría a la “mulata Úrsula” y al “negro

¹ Atilio Cornejo es considerado uno de los máximos historiadores salteños, junto a Bernardo Frías. Su *Historia de Güemes* se conoció en 1944 y es un clásico.

Bernardo” y ocho criados más. En cierto modo, sin desconocer las distancias sociales de aquellos tiempos, Rojas señalaba que había un nivel de integración en lo íntimo de las familias que, por momentos, sorteaban los prejuicios para encontrarse en un plano de igualdades relativas en la profunda humanidad de todos y cada uno. Se trataba de una dimensión del vínculo que podía observarse desde la mirada de un recién llegado, aunque no estuviese asentada en la juricidad o en la formulación social de ese tiempo.

Su padre, Gabriel de Güemes Montero, natural de Abionzo, provincia de Santander, en la región española de la Cantabria, recibió el nombramiento para ejercer un cargo administrativo en el Virreinato del Río de la Plata, a solo un año de su fundación. Una curiosidad es que el primer virrey, Pedro de Cevallos, también era natural de Abionzo. Güemes Montero fue designado en el cargo de Tesorero Oficial Real de las Cajas de Jujuy, el 6 de noviembre de 1777, y llegó a Buenos Aires el 17 de enero de 1778 para trasladarse a Jujuy y servir al rey de España. De ese cargo surgiría el apodo que lo acompañó siempre, “el Tesorero”.

El casamiento de Güemes Montero, que tenía 29 años, con doña Magdalena de Goyechea y la Corte, de 15 años, se efectuó el 31 de mayo de 1778, en la Iglesia Matriz de Jujuy, ciudad en la que se radicaron. María Magdalena era de origen jujeño, hija de una familia noble, descendiente de Francisco de Argañaraz y Murguía, fundador de la ciudad de San Salvador de Jujuy.

El 5 de agosto de 1783 el rey Carlos III creó la intendencia de Salta del Tucumán y Güemes Montero fue nombrado Ministro Tesorero de la Real Hacienda de esa provincia, en consecuencia, la familia debió mudarse allí con su primer hijo, Juan Manuel. Los Güemes compraron la hacienda El

Paraíso, ubicada a 40 kilómetros de esa capital, y en el paraje El Sauce, que pertenecía a la hacienda, se establecieron con cierta precariedad y recibieron allí el nacimiento de su segundo hijo Martín Miguel. Algunos historiadores, como Cornejo, de trabajo fecundo y hallazgos trascendentes, dan otra versión y señalan que el futuro héroe nacional vio la luz cuando sus padres vivían en la calle de la Amargura, hoy Balcarce.

La función de Güemes Montero no le impidió actuar frente a una rebelión por lo que fue reconocido por el entonces Intendente, Andrés Mestre, Gobernador y Capitán General de la provincia de Salta que resaltó: “Como tan amante al Soberano, dio [Gabriel Güemes Montero] también pruebas de buen vasallo cuando la sublevación de la plebe en Jujuy, pues aunque incesante de día en el trabajo de su oficina, velaba de noche sobre las armas todo el tiempo que estuvo sitiada de los rebeldes, turnando con los demás principales vecinos, haciendo rondas con sus dependientes, defendiéndose con ellos en la parte de la trinchera que le tocaba, animando a la fidelidad a los desconfiados, convenciéndolos con sus razones, disuadiéndolos de las malas intenciones que encubrían muchos que se les conocía deseo de reunirse a los insurgentes y asistiendo a los Cabildos y Consejos de Guerra a que era llamado para acordar con su prudencia el mejor éxito que al fin se consiguió, tocándole mucha parte a este buen Ministro de la pacificación del Perú”, según la documentación del historiador salteño Luis Güemes.

La educación de Martín Miguel tuvo como escenarios a la ciudad de Salta y las estancias de Campo Santo, en la región de la Frontera. Allí aprendió a hacerse baqueano en una zona tropical cruzada por ríos torrentosos originarios de las altas cumbres y una selva que planteaba desafíos.

Durante este período de su infancia y juventud vivenció la campaña y la ciudad como espacios diferenciados que precisaban de cierta capacidad de conocimiento sensible para moverse según sus códigos secretos. En las fincas de su madre, El Bordo y El Paraíso, supo de la estatura de los campesinos, sus silencios, su lenguaje parco y hondo, y las labores agrestes. El ámbito social al que pertenecía Martín Miguel le permitió alcanzar una buena educación. Sus primeros pasos en la escuela pública fueron en el Colegio de los Expatriados Jesuitas y contó con profesores como José Antonio Pinto, maestro de primeras letras, y el maestro de gramática, José León Cabezón. Hay quienes sostienen que incluso tomó una cátedra de arte, novedad en la época, que la departía el muy reconocido Manuel Antonio de Castro,² en ocasiones, a domicilio.

Historiadores como Luis Oscar Colmenares y Luis Güemes dan cuenta de esa formación: “Existen asientos del padre donde figuran pagos por éste a educadores, pero sin decir a cuáles de sus varios hijos correspondían las clases dadas, como también expresiones de Güemes para con el doctor Manuel Antonio Castro donde lo llama ‘maestro y amigo’. Además, Toribio del Corro y José Andrés Pacheco de Melo dijeron haber sido condiscípulos del prócer. Por último, en su testamento de 1845 la madre consigna que tuvo gastos

² Manuel Antonio de Castro, educador de Güemes, fue redactor de *La Gazeta de Buenos Aires*, que fundó Mariano Moreno el 7 de junio de 1810. Nació en Salta en 1772, estudió en la Universidad de Córdoba y se doctoró en jurisprudencia en Charcas junto a Mariano Moreno, con quien luchó el 25 de mayo de 1810. También fue director del periódico *El Observador Americano*, gobernador de Córdoba y presidente del Supremo Tribunal de Justicia, donde redactó el Código de Procedimientos de 1821. En 1816 editó la crónica de las sesiones del Congreso de Tucumán. En 1817 colaboró en la búsqueda de ayuda para Güemes en Salta. Fue redactor de la Constitución unitaria de 1826. Falleció en Buenos Aires en 1832.

por la educación de su hijo Martín en la capital de Buenos Aires por el término de dos años”.³ Esto sería puesto en duda por José María Paz, Mitre y otros historiadores que recurrieron a la ficción para montar un relato afín a sus intereses.

Otros historiadores sostienen que, en Buenos Aires, Martín Miguel fue alumno del Colegio de San Carlos y que uno de sus compañeros habría sido Andrés Pacheco de Melo, salteño que fue diputado por Chichas al Congreso de Tucumán en 1816. Todo esto echa por tierra los infundios que activaron José María Paz o Bartolomé Mitre para presentarlo como una suerte de deportista de la violencia de masas sin contenido ni formación.

Cuenta el historiador Cornejo que “a fines del siglo XVIII se encontraban destacadas en Salta algunas compañías pertenecientes a regimientos de Buenos Aires. Así, en 1787, figura el Regimiento de Extremadura. También aparece el de Dragones”, y sintetiza: “En 1790 encontrábase la 7^a Compañía del 3er. Batallón del Rey, ‘Fixo’ de Buenos Aires, destacada en Salta”. Ese iba a ser, en cierto modo, el lugar en el mundo de Martín Miguel durante varios años.

Sería su padre quien elegiría el rumbo de su muchacho de catorce años para que se sumara como cadete del Regimiento. El 15 de febrero de 1799, el Tesorero Ministro Principal de Real Hacienda y Comisario de Guerra, Gabriel de Güemes Montero, dejó expresado en sus escritos que el “Cadete don Martín Miguel de Güemes” ingresó al Regimiento de Infantería de Buenos Aires, 3er. Batallón de la 6^a Compañía destacado en Salta. Martín Miguel recorrió su región y ganó

³ Luis Oscar Colmenares: *Martín Güemes. El héroe mártir*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1998, p. 18. Citado por el coronel (R) Lic. Miguel Ángel Huergo en “General Don Martín Miguel de Güemes: Conductor Militar”. Disponible en colegiomilitar.mil.ar

experiencia. Trajinó sus territorios, conoció a autoridades de pueblos y ciudades, siempre a caballo, y compartió la vida con sus compañeros de milicia en las fronteras y con los aborígenes de la región, de quienes aprendió a sortear obstáculos que ofrecía la naturaleza. No lo detuvieron ni el caudal de los ríos que se ensanchaban con los deshielos, ni la maraña de las zonas de selva intensa e impenetrable de yungas, ni aun cuando subió las montañas o soportó la escasez de oxígeno en la puna inhóspita. A lo largo de su vida lo acompañarían las imágenes del caballo, la extensión de los caminos ásperos, el rancho, el mate y la hora del fogón al son de una guitarra. El historiador Bernardo Frías detalló la sencillez con que recorría los montes y “cruzaba con igual facilidad un campo abierto y solitario con la celeridad del relámpago, o saltaba sobre obstáculos peligrosos sin disminuir la marcha o atravesaba la selva sin fin, espesa, enmarañada y espinosa donde casi no llegan a tierra los rayos del sol, tendido sobre el cuello de su caballo, jugando su cuerpo con destreza tal, que evitaba de ofensas a su cuerpo en el golpe de ramas y el choque de troncos, sin detener la velocidad de la carrera, persiguiendo sin descanso hasta recoger en el lugar oportuno, al ganado disperso”.⁴ Era un baqueano en la descripción que se hace en los pueblos.

En aquellos años, Salta era el centro por el cual pasaban los caminos que llevaban al Alto y Bajo Perú, a Chile, a Paraguay por las adyacencias fronterizas con Bolivia o a los ríos Uruguay y Paraná. Martín Miguel era ese muchacho temerario que iba a las quebradas del Toro, de Humahuaca, de Conchas o Escoipe, los valles de Lerma, el Calchaquí, de

⁴ Bernardo Frías: *Historia del General Martín Güemes y de la Provincia de Salta o sea de la Independencia Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Depalma, 1971, p. 113.

Siancas y atravesaba cerros, selva, montes, ríos y arroyos, mientras escuchaba la música del viento cuando la gente de los pueblos recibía a los soldados y los asistían solidarios. “Al frente de los ríos y la espina / y del tembladeral alucinado, / jefe de sombras por la noche pasas / mojado en su silencio como un astro”, lo trajo a nuestros días el poeta Jaime Dávalos en su *Canto a Güemes*.

Juana Manuela Gorriti lo describió de un modo majestuoso, destinado a ser recuperado por la historia en cualquier punto de su trayecto: “Un guerrero alto, esbelto y de admirable apostura. Una magnífica cabellera negra de largos bucles y una barba rizada y brillante cuadraban su hermoso rostro de perfil griego y de expresión dulce y benigna [...]. A su lado, pendiente de largos tiros, una espada fina y corva, semejante a un alfanje, brillaba a los rayos del sol como orgullosa de pertenecer a tan hermoso dueño”. Sin dudas, los hombres perduran en el tiempo también por el imaginario que el arte hace de su figura.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

